

DEDICADO A LA DISCUSION Y AL ESTUDIO DE PROBLEMAS ANARQUISTAS

PRECIO

0.20

CENTAVOS

el ejemplar ::

PRECIO 5 CENTAVOS **LA PROTESTA** PORTE PAGO
DIARIO DE LA MAÑANA
SUPLEMENTO QUINCENAL
aparece los 15 y 30 de cada mes

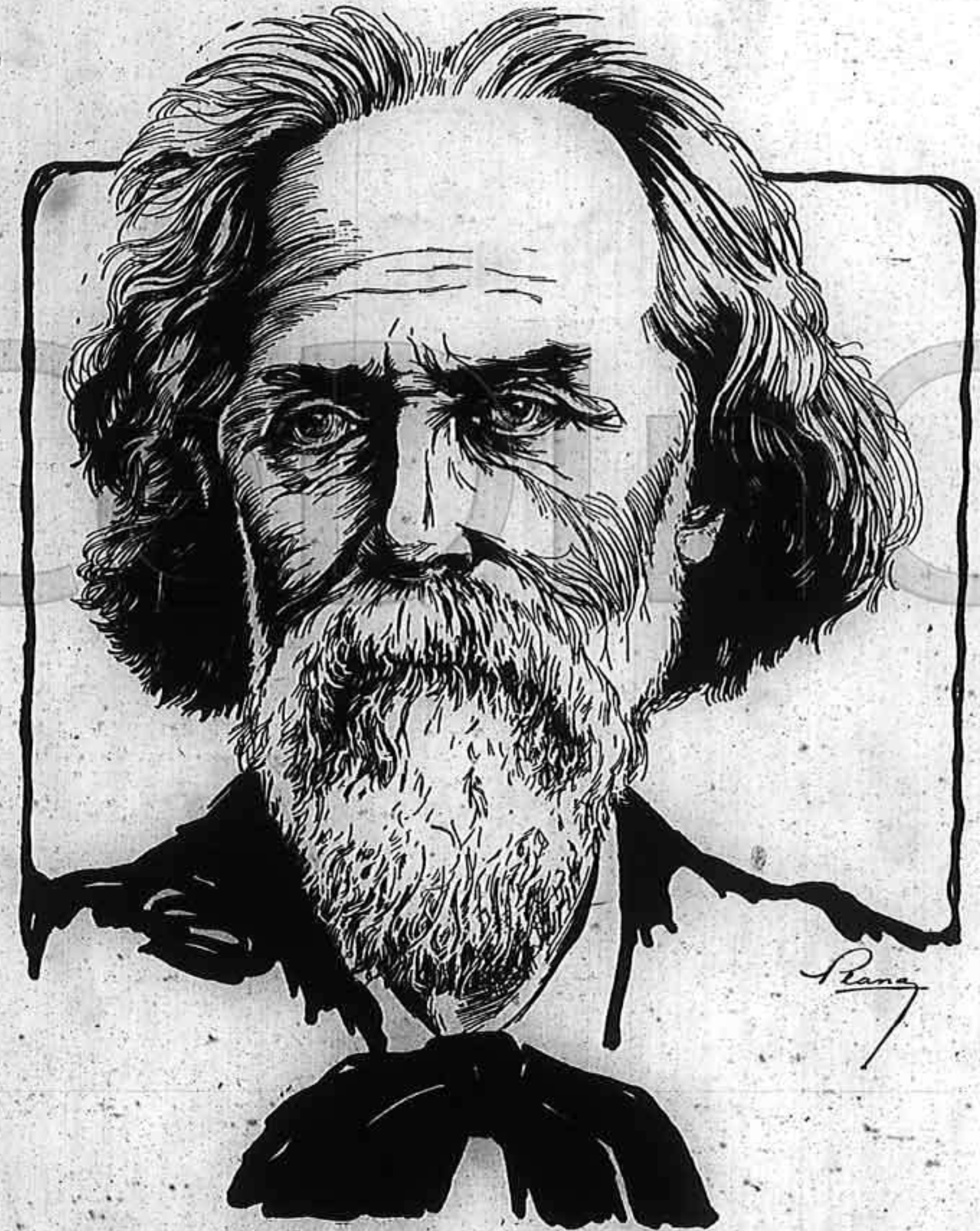
REDACCION
y administr.:

PERU
1537

:: Buenos Aires

BUENOS AIRES MCMXXX

ANO IX - NUMERO CCCXXI



ELISEO RECLUS

Ofensiva general contra el movimiento anarquista

No recordamos una ofensiva tan vasta contra el movimiento anarquista de este país como la que venimos experimentando de un tiempo a esta parte. Diversos sectores políticos, patronales, reformistas, sindicales, han hecho del desprestigio de nuestra causa su tema favorito. Estamos atravesados en medio del camino de su arrivismo, frente a sus manejos y a sus mistificaciones, hacemos daño a los pescadores en río revuelto, ensanchamos sin cesar el radio de nuestra propaganda, no tenemos compromisos con nadie, somos intransigentes, irreductibles, y por todo eso se quisiera aplastarnos y hacernos desaparecer.

Hemos conocido feroces represiones policíacas, períodos de verdadero fascismo, de persecuciones y de terror. Hoy las recordamos con fruición. Eran tiempos hermosos de lucha, de resistencia, se sentía la voluptuosidad del peligro. Noches enteras se pasaban en vela, esperando un asalto policial o patriótico, alegres, optimistas.

La ofensiva de hoy es de otra naturaleza: es una ofensiva de lodo, de calumnias, de desfiguraciones, de odios que estallan, de despechos que buscan una salida, con la palabra, con la pluma, con el arma del sicario.

Si replicamos en el mismo tono, si bajamos a ese nivel degradante, malo; si lo pasamos todo por alto y seguimos nuestro camino, peor. Un día uno, otro día otro; un día un gremio, mañana una localidad entera, caeremos bajo la ola coaligada de todos los enemigos de la luz, del progreso y de la libertad, enemigos de arriba y de abajo, de enfrente y de al lado.

Cualquiera que sea el desenlace de esta ofensiva sin precedentes por su amplitud y por sus métodos, es preciso pensar en la defensa material y moral del movimiento, de las ideas y de los hombres, procurando siempre que nuestro ataque quede en los límites de una sana contraofensiva, conservando la necesaria serenidad para guardar las distancias y reconocer que, por encima de esos altos forzosos, de esas trabas que se oponen a nuestra acción y a nuestra propaganda, está nuestra voluntad de superar el régimen presente, de crear un espíritu de solidaridad y de concordia entre los hombres, de afirmar en todos los corazones el amor a la libertad y el sentimiento de la justicia.

Hemos luchado tenazmente años y años para llegar a una situación que nos permitiera des-

arrollar una labor constructiva, de propaganda creadora de conciencias y de individualidades, de intensificación cultural. Cuando creíamos haber llegado al momento de aprovechar para nuestra causa el fruto de esos esfuerzos, se produce esta ofensiva que, pese a nuestros más íntimos deseos, ha de suscitar no pocos contratiempos, detenciones e interrupciones.

Tenemos, no obstante todo, fe en el porvenir. Las fuerzas sanas, los que han comprendido realmente la grandiosidad de nuestra causa y la sinceridad y rectitud de nuestra lucha cotidiana, de un mes y de otro mes, de un año y de otro año, de un lustro y otro lustro, nos ayudarán y se ayudarán, depondrán mezquinos personalismos y arrimarán el hombro.

Cuanto más solidaridad y cohesión internata más fácilmente venceremos la campaña de lodo y de difamaciones con que quieren los enemigos impedir nuestro avance y detener nuestra influencia en el seno de las grandes masas.

Es hora de resistir, de superar esos desgraciados contratiempos, de romper el hielo de la indiferencia y de la pasividad. ¡En defensa de la obra realizada, en defensa de la obra por realizar! Nosotros no queremos una lucha que degrade, no queremos una contraofensiva que pueda desviarnos de nuestra ruta. Pero los hechos, las circunstancias, la situación, es más fuerte que nuestra voluntad.

Acceptamos el desafío y, aun sin olvidarnos de nuestra alta misión, cumpliremos con nuestro deber, esperando que cada compañero, cada anarquista, haga lo mismo desde su respectivo radio de acción.

No consintamos que la pestilencia político-patronal nos envenene y nos aniquile.



Temas del congreso anarquista de Santa Fé

El problema de la armonía de las fuerzas de la revolución

III.— La solución libertaria y la misión de los anarquistas

Estamos firmemente convencidos que la armonía de las fuerzas de progreso y de revolución en la libre autónoma convivencia de todas — no organizada a priori sino fluyendo de la voluntaria e inteligente conducta de cada una en el terreno práctico — es una necesidad imprescindible para la revolución misma.

Esta armonía no implica absolutamente, — me parece haberlo dicho con otras palabras, pero es bueno repetirlo para salvar los equívocos y evitar los temores de desviación o las embrollas confusionistas — no significa de ningún modo un cambio programático y táctico de cualquiera de las fuerzas proletarias, populares y revolucionarias de progreso. También podrá haber cambios, es cierto; pero circunscriptos a cada partido o movimiento, internamente, y cada partido o movimiento podrá aportarlos a sí mismo, por su propia voluntad, y no a consecuencia de las relaciones con los otros movimientos y partidos. Cada movimiento deberá ciertamente desenvolverse con un sentido mayor de tolerancia, respeto y comprensión frente a los otros, pero sin que ninguno deje de ser intransigente, en el terreno de los principios, frente a los otros en todo lo que sea objeto de disentimiento.

La solución de este problema de la convivencia pacífica de las diversas fuerzas, de la armonización de la intransigencia de cada una de ellas con su tolerancia recíproca, me parece que no puede ser dada más que por el principio anarquista de la autonomía y mutua independencia de todas entre sí. Mientras se conserva esta autonomía, es posible también una política recíproca de vecindad; la disonancia feroz comenzaría de nuevo apenas una fuerza pretendiese subordinar a la otra o invadirle el campo o usurpar sus funciones; o bien apenas, por un dañoso oportunismo se quisiese constreñir a fuerzas de tendencias o fines diversos a confundirse entre sí, o la convergencia espontánea de su acción de un momento se quisiese artificialmente erigirla en una especie de cohabitación permanente, ocasión mayor de conflictos y contrastes. Dos o más fuerzas pueden, por ejemplo, combinarse útilmente en una dada circunstancia y no en otra, en la que en cambio puede serles más proficuo moverse cada cual por su cuenta, o bien de acuerdo con fuerzas diversas. Es como entre vecinos de casa, quienes viven en buena armonía mientras existe entre todos completa independencia de intereses y cada uno es completamente libre en su casa. Las razones de discordia surgen y se multiplican no bien uno se entromete, aun con buen propósito, en los hechos de la casa del otro, apenas se establecen interdependencias de ocupaciones, etc.

Puede haber entre varias fuerzas, aun las más lejanas e incompatibles, cierta cooperación de los esfuerzos, aunque sea indirecta, sin ninguna necesidad de acuerdos deliberados y hasta ignorándose como

personas y sin encontrarse nunca; siguiendo cada una su camino, a su modo, por su cuenta y con sus medios propios. Basta para esto que ninguna fuerza pierda de vista, aunque sea desde lejos, la actividad de las otras y la tenga en debida cuenta, para regular inteligentemente su propia actividad, de modo que ésta no obstaculice o neutralice las actividades ajenas que le parecieran buenas o útiles a los fines generales o particulares que ella misma se propone. De esta especie de armonía de los contrastes se ha visto, y se observa aún, más de un ejemplo en Italia en la lucha contra el fascismo.

Las fuerzas adversarias y enemigas del fascismo, en Italia, son innumerables, de varios orígenes, de la más diversa composición. Algunas de ellas son entre sí inconciliables, por falta de estima recíproca o por adversiones justificadas por los hechos. Y bien, cuando cualquiera de estas fuerzas está empeñada, por una razón cualquiera, en una lucha de cualquier género con el fascismo, hasta las fuerzas más alejadas de ellas o adversarias por táctica o por origen, hacen instintivamente callar su hostilidad hacia ella; y, si pueden, dirigen su actividad antifascista de modo de aumentar el daño hecho por aquella al fascismo. Y aun cuando algunas no pueden, por su distanciamiento político, de método, o de ideas, dar a las otras una ayuda directa y positiva, por lo menos se abstienen a su respecto de toda actividad hostil que pueda traducirse en una ayuda al fascismo o en una contribución a la victoria de éste. Tal actitud es un deber elemental, al cual pocos ciegos o alocados faltan. Y su necesidad la advertimos todavía más nosotros, en el exterior, después que se han recogido y continúan recogiendo los amargos frutos de no haber sentido bastante hasta aquí un deber tan evidente, especialmente en los casos en que con la libertad de unos estaba en juego la libertad de todos.

Este concepto de que ninguna de las varias fuerzas hostiles a los actuales regímenes de explotación y de opresión son inútiles y despreciables, y la utilidad de todas ellas está subordinada a su autonomía e independencia recíproca, no sólo a la recíproca comprensión de tal utilidad, de modo que cada una tenga plena libertad de desarrollarse y combatir a su modo, con los propios métodos y por su vía, sin confundirse con las otras, sin ser estorbo u obstáculo la una a la otra, y que es siempre posible ayudarse entre las fuerzas más cercanas u homogéneas en toda ocasión proficua, me parece que puede ser aceptado por cualesquiera de las partes políticas y sociales en que se dividen las masas proletarias y populares más evolucionadas. Pero sería grave error esperar, para realizar tal gusto, que todas las partes políticas y sociales estén persuadidas y se hayan adherido prácticamente. Sería como... no hacer nada.

Entre tantas fuerzas que se agitan en sentido subversivo y revolucionario siempre habrá alguna que por miopía o por sectarismo o también por motivos menos confiables de sus jefes, encontrará más cómodo o creará mejor cosa continuar con el viejo sistema fratricida. Y desgraciadamente es de prever que no habrá una solamente. Esto de ningún modo significa que no se deba hacer nada! Las fuerzas más conscientes, que sienten el imperativo categórico de la necesidad de una mayor armonía, pueden y deben realizarla sin ninguna necesidad de que cada una espere lo que haga la otra, o de consultarse, etc., porque, repito, no se trata de una armonía que antes o después deba ser organizada y pactada, sino que debe fluir natural de la acción más armónica y menos encontrada que cada una de las fuerzas adoptará voluntariamente por cuenta propia, independientemente de lo que hagan las otras. Cada una de dichas fuerzas podrá obrar sobre las otras solamente desde afuera, con la propaganda y sobre todo con el ejemplo, no recogiendo las provocaciones de las más inconscientes y pendencieras, reduciendo al mínimo los contrastes, atenuándolos en la forma, y desarrollando mayormente toda actividad que choque menos con las colaterales y hiera más al enemigo que se tiene al frente.

Aunque fuese una sola de las fuerzas innovadoras y revolucionarias la que asumiese una actitud semejante, se obtendrá siempre un resultado general no despreciable de bondad y de solidaridad proletaria y popular en la lucha y para la reconstrucción futura; y ella misma se beneficiará sobre todas las otras fuerzas que operen de modo diverso, porque el favor popular y proletario no podrá sino crecer de continuo en torno a una fuerza combatiente animada más que las otras por su espíritu fraternal y conciliador, desinteresado y superior a todas las riñas y despechos de personas o de sectas. Por ejemplo acabará imponiéndose por su misma fuerza moral y se traducirá, más pronto o más tarde, también en una fuerza material de cohesión revolucionaria.

* *

El triunfo de la revolución emancipadora y libertadora no es posible sin una suficiente convergencia de los esfuerzos revolucionarios contra las instituciones y sistemas actuales de explotación y de dominación. La revolución vendrá por el concurso de una cantidad de factores diversos, económicos, políticos, psicológicos y morales; pero no vencerá si con aquéllos no concurre una suficiente armonía, aunque sea momentánea, de las fuerzas revolucionarias. Nos parece haber demostrado suficientemente todo esto.

Los partidos autoritarios, democráticos o dictatoriales — sobre todo estos últimos, — tienen todavía la ilusión de alcanzar esta armonía de las fuerzas por medio de la coacción, de la disciplina impuesta, de la subordinación de todas las fuerzas renunciando a su autonomía y libertad de acción a favor de una sola. Ellos sueñan lo imposible. Ante todo, cada partido autoritario cree ser el elegido para dirigir el movimiento; y basta esta sola pretensión para abrir abismo de rivalidad y de discordia entre todos los que la tienen. Por lo demás, ningún partido es numéricamente tan fuerte como para poderse considerar más fuerte que todos los otros juntos, y ninguno tiene medios prácticos para obligar a los recalcitrantes a seguirlo. Los partidos y sus fracciones son innumerables; y numerosos sistemas son también las fuerzas que, combatiendo por la

libertad, consideran que para conquistarla no se puede comenzar renunciando a ella por su parte, y que además esta renuncia equivale a la renuncia a cualquier triunfo de la revolución. Continuando en esta pretensión suya, los partidos autoritarios se condenan a un perpetuo trabajo de Sísifo.

La revolución vencerá cuando sus fuerzas converjan a ella libremente y sin subordinaciones recíprocas. Pero aun después del triunfo material de la revolución, esto es después de su primer esfuerzo, el cual abatirá las instituciones, hambreadoras y opresivas, se hará indispensable un mínimo de concordia, sin la cual los conflictos recíprocos harán imposible la vida social y determinarán el fin de la revolución, la reacción contra ella y la revancha contrarrevolucionaria. Se trata de otro problema, más vasto y complejo, que es necesario analizar aparte en sus varios aspectos y elementos. Aquí bastará limitarse a decir que de este problema — que podría llamarse el problema de la coexistencia de las fuerzas activas y productivas contrastantes en una sociedad libre — no nos parece posible otra solución que esta, sugerida por el principio anarquista: que cada agrupación tenga la libertad de organizar a su modo su propia vida y no pretenda imponer por la fuerza su sistema a las otras, que las varias agrupaciones cooperen entre sí según sus afinidades y concordancias, y que todas pongan de acuerdo para colaborar juntas en todas las cosas en que no existe contradicción o en que la necesidad absoluta de todos es más fuerte que todo contrato. Nos ocuparemos a su tiempo de este problema; por ahora enunciamos solamente la idea fundamental de su solución, que es la misma que hemos venido desarrollando hasta aquí respecto al problema de la armonía de las fuerzas necesarias a la revolución.

¿Cómo podrá realizarse un mínimo de esta armonía, libre y vuelta espontánea por la convicción de todos y el reconocimiento común de su indispensabilidad, no impuesta por dictadores ni decretada obligatoria por la fuerza de las mayorías? Constituye un obstáculo a dicha armonía el hecho de que la mayor parte de los partidos y movimientos de progreso son, a pesar de sus más nobles fines, de constitución, de ideas y de miras autoritarias. Desde que, después de la Revolución Rusa y por la sugestión del triunfo del bolchevismo en ella, han surgido en todos los países los varios partidos comunistas dictatoriales — los cuales no sólo quieren ir al gobierno, sino que no tienen siquiera aquella rémora al autoritarismo que los democráticos encontraban en la idea de la libertad política individual, según los principios de 1789, — la dificultad se ha vuelto mucho mayor. Los bolcheviquis no sólo quieren ir al gobierno y mantenerse allí por la violencia, lo cual fuera de Rusia se refiere al porvenir, sino que efectúan en todos los países una propaganda y una política opuestas a las que nosotros proponemos aquí: la propaganda y la política de la prepotencia contra todas las fuerzas disidentes, con la tentativa de abarcarlas y, donde no lo consiguen, de demolerlas con todos los medios de la peor politiquería, sin excluir la difamación y la calumnia, no logrando más que llevar la confusión, la desconfianza y la disgregación a todos los campos.

La fuerza que, en cambio, sería más idónea para realizar una armonía de los varios movimientos en la libertad es el anarquismo. Por lo menos la idea anarquista, y los métodos que ella sugiere, es la que mejor se conciliaría con la práctica de la mutua comprensión y tolerancia, de la libertad de to-

do movimiento de desarrollarse autónomicamente en su sentido, aunque, desgraciadamente, los anarquistas como tales, y sus agrupaciones, no parecen todavía muy idóneos para una conducción verdaderamente coherente de sus principios. También entre los anarquistas la intolerancia hacia los otros y entre sí mismos tiene todavía mucha parte; y esto nos lleva a observar que no basta aprobar las mejores ideas y hacer de ellas una bandera para ser sus realizadores.

No importa. Si se quiere trabajar por el progreso, por la libertad de todos y de cada uno, este es el camino, a pesar de los defectos de los hombres y de los partidos. Si se va por este camino de la armonización de las fuerzas, se podrá también tropezar y caer, detenerse, desviarse momentáneamente, etc., pero por él nos acercaremos siempre a la meta. ¡Sino, no! Si hay fuerzas bastante numerosas para proceder desembarazando el camino de los obstáculos que siempre aparecen, bien; ellas, para bien de todos, vencerán antes o después. Sino, no se vencerá. A medida que las fuerzas armonicen sus actividades y progresen, las que se queden en su aislamiento prelatuoso, exclusivista y hostil, serán eliminadas del movimiento general, dejadas al margen, abandonadas por los buenos y sinceros, y terminarán por amalgamarse y confundirse con las fuerzas reaccionarias y retrógradas, — y, naturalmente, no se corrigen a tiempo y no se reúnen, con espíritu de fraternidad combatiente, al gran ejército del progreso humano en marcha.

¿Comprenderán esto los hombres de buena voluntad, los que con mayor desinterés y menor espíritu sectario militan en los diversos campos, de este lado de la barricada, contra el horrendo mundo de injusticia y de esclavitud que nos aplasta con su peso? Nosotros lo esperamos.

Probablemente las primeras fuerzas que se buscarán serán las más afines por las aspiraciones y los métodos. Los mismos bolcheviquis, a despecho de sus tendencias furiosamente contrarias, si no quieren fosilizarse en sus fórmulas fuera de la vida y ser (lo que, francamente, sería de augurar) abandonados por las mismas masas que ahora los siguen — ya se van notando aquí y allá signos de enmienda entre ellos, — y serán llevados a reunir o al menos hacer menos hostiles las varias fracciones en que paulatinamente se han subdividido, a causa de las expulsiones decretadas desde Moscú.

Los políticos demócratas, o más propiamente socialdemócratas, van, a lo que parece, ayudándose y acercándose, a pesar de sus rivalidades interesadas, en particular donde también ellos son martillados por la reacción, como en Italia. Un síntoma de esta tendencia, todavía tímida y llena de reservas, a los acercamientos lo tenemos en una especie de pacto de alianza contra el fascismo que los varios partidos socialdemócratas italianos han concertado, desde hace dos o tres años, a través de sus instituciones representativas en el exterior bajo el nombre de "Concentración antifascista". Esta comprende a los socialistas reformistas, los maximalistas, los republicanos y los sin partido o de todos los partidos de tendencia democrática agrupados en la "Liga de los derechos del hombre". Para nosotros las formas exteriores de la agrupación, el programa contingente, su política, etc., que tantas veces hemos criticado, no tienen importancia; lo que interesa es el espíritu que lo ha-

determinado, o que ha contribuido a acercar aquellas varias fuerzas, no obstante el espíritu contrario de rivalidad y diferenciación a veces despechada que todavía se hace sentir de tiempo en tiempo entre ellas.

Frente a todos estos partidos y movimientos autoritarios, en torno a los cuales se agrupan las otras fuerzas a ellos afines o coaligadas — sindicales, culturales, etc. — se desenvuelve en completa autonomía un movimiento que les es adverso por tendencia y programa: el movimiento anarquista, exiguo a primera vista, verdadera minoría de las minorías, pero que, numéricamente también, es mucho más importante de lo que parece por la escasez de sus organismos ideológicos, sindicales y periodísticos. Es aun más importante por la simpatía con que cuenta entre los trabajadores en las mismas filas adversarias o fuera de todo cuadro, tal que en los momentos decisivos de la lucha por la libertad y por la causa proletaria con frecuencia es la palabra de orden anarquista la que prevalece y la más escuchada. Las ideas anarquistas tienen, además, una fuerza tal de irradiación y de atracción, que aun sin el nombre, se infiltran en los más variados ambientes y determinan la orientación de muchas actividades individuales y colectivas. En fin, es cada vez más evidente que, si la humanidad no retrocede para caer en la peor barbarie ancestral, ahora que han sido experimentadas con resultados desastrosos todas las formaciones asociativas basadas en la autoridad, el progreso humano no puede encontrar su salvación más que en la libertad aplicada en todos los campos, en todas las direcciones y en el más completo sentido de la palabra, vale decir en la anarquía. La próxima revolución se anuncia, por lo tanto, como decididamente orientada hacia la anarquía. Todo esto da al movimiento anarquista una fuerza íntima, de propulsión, capaz de los más grandes desarrollos.

Ahora bien, como decíamos poco antes, los anarquistas tienen por su misma doctrina la mayor preparación y disposición para aceptar el concepto de la armonía de las fuerzas revolucionarias en la plena libertad de todas, además de tener en ello el mayor interés como revolucionarios. ¿Qué pueden hacer para desarrollar tal concepto entre los otros movimientos disidentes, y para favorecer su realización aun fuera de su ambiente? Pueden poco y mucho al mismo tiempo. Ya que no podían imponer por la fuerza a los otros la armonía, — la expresión es, por lo demás, tan contradictoria que parece ridícula, pues no se puede obtener una armonía por la fuerza, — no pueden contar más que con la propaganda y la persuasión. Esto es muy poco, lo sabemos. Pero tienen un medio que puede trocar en mucho lo poco: el ejemplo. Ante todo el ejemplo de la armonía interna del movimiento anarquista, sin que esta armonía excluya la libre manifestación de las varias ideas y, la expresión, igualmente libre, de las varias tendencias, es decir, el ejemplo de una conducta inteligente en las relaciones con todos los otros movimientos populares y proletarios, más o menos adversos, por su carácter autoritario, de modo de combatir sus defectos y errores, sin enajenarse el ánimo de las masas que les siguen y sin destruir lo que en aquellos movimientos puede haber de bueno para el porvenir y de eficaz en la lucha contra la injusticia, la explotación y la opresión.

Ya he tratado en línea general, para todos, de la necesidad de esta actitud; y lo que ahora he dicho

aquí, vale, en particular, para los anarquistas. Por lo demás, una conducta tolerante, tan conciliadora en las formas como intransigente en el contenido, que supiese utilizar y alentar el bien allí donde se encuentra, al mismo tiempo que combatir el mal, sería una ventaja no sólo desde el punto de vista general del progreso humano, sino también para el movimiento anarquista como tal, por la creciente fuerza de atracción que adquiriría, por la mayor fuerza de persuasión que desarrollará, por la gran propaganda que haría.

Pero, se dirá, ¿cómo hacer para ser tolerantes y equánimes, si los otros son intolerantes e injustos? Es difícil, lo sabemos; y hasta es imposible serlo perfectamente. Sin embargo, si se quiere triunfar moralmente, para triunfar más tarde materialmente, si se quiere tener preponderancia sobre los otros—una preponderancia anarquista sobre el autoritarismo— es necesario esforzarse por ser lo más justo y tolerantes posible, lo que, por lo demás, es ya una práctica del anarquismo. Antes o después, los anarquistas recogerán los mejores frutos de este esfuerzo, de esta victoria sobre las propias tendencias autoritarias a la represalia y a la intolerancia; y la victoria sobre sí mismos los hará más aptos y fuertes para vencer a los otros.

En cuanto a la tolerancia y armonía interior, en las relaciones entre partidarios de un mismo ideal y entre sus varias corrientes y tendencias, también de esto nos hemos ya ocupado ampliamente, sea en línea general, sea de modo particular en lo que respecta a los anarquistas (1) y creo inútil repetirme. Pero, también para los anarquistas en sus divisiones internas de teoría y de métodos, cuando hablamos de mutua tolerancia no entendemos decir ni renuncia a sostener su punto de vista, ni silencio complaciente sobre los errores de los compañeros, ni confusión entre las varias ideas y métodos. Nada de eso. Cada compañero, como cada fracción o tendencia, tiene el derecho y el deber de sostener integralmente lo que cree mejor, criticar lo que cree peor, ir por su camino con sus ideas y sus métodos, sin pretender que los otros sigan el mismo camino si no están persuadidos de su bondad. Somos de opinión que aquellas corrientes entre las que hay demasiada diferencia deben quedar separadas y marchar cada una por su cuenta, sin confundirse con las otras. Pero esto no debe suscitar conflictos ni trasmutar en conflictos de personas o de grupos las discusiones de ideas y de métodos. Cada fracción o corriente puede seguir su camino sin necesidad de obstruir o cerrar el paso a las otras; y cuando haya iniciativas en que el acuerdo sea posible, éste puede producirse alrededor de ellas, sea por parte de elementos separados de las diversas fracciones. Pero esto, siempre, sin asperezas y personalismos polémicos cuando hay disenso, como sin confusión de ideas y sin complacencias partidarias cuando hay acuerdo.

Cuando los anarquistas se apartan de esta línea de

(1) Ver los artículos sobre la "Mutua tolerancia en la libertad" en LA PROTESTA, diario, del 17, 19 y 20 de noviembre del año ppdo. Se entiende que por armonía entre las varias fuerzas del anarquismo comprendo aquí entre todos los individuos, grupos, organizaciones, periódicos, etc., que se dicen anarquistas, en conjunto con los simpatizantes y las varias organizaciones sindicales orientadas en sentido libertario o por lo menos más próximas a los anarquistas que a cualquier otro partido o agrupación.



conducta y dan al público el espectáculo de sus furiosas polémicas y discordias intestinas con el máximo de acritud y de intolerancia recíproca, desacreditan su propaganda y la niegan con su ejemplo, quitando a los extraños que los escuchan y observan toda confianza en la idea de libertad, y reforzando en ellos la errónea convicción de que sólo la autoridad puede mantener por la fuerza la concordia entre los hombres. ¿Cómo creer, en efecto, en la posibilidad del libre acuerdo, si precisamente los que lo predicán dan el espectáculo del máximo desacuerdo? De aquí la necesidad absoluta, imprescindible, de que los anarquistas alcancen, como primer paso, esta armonía de sus fuerzas en la libertad de cada uno de sus individuos, grupos o tendencias; de seguir las vías y métodos que crean mejores en la más grande tolerancia recíproca, sea de las ideas divergentes, sea de los posibles errores. Esta necesidad, que para todas las otras fuerzas de libertad y de progreso puede ser sólo contingente e impuesta por la oportunidad del movimiento y de la revolución, para los anarquistas es cosa mucho más importante, inmanente, inescindible de los métodos, de las ideas y del nombre mismo de la anarquía.

Para que su propaganda sea eficaz, para que puedan dar al mundo que los escucha y los observa la sensación de que la anarquía no es una utopía de gente al margen de la vida, para que los oprimidos y los explotados se persuadan que del anarquismo no saldrán para ellos nuevos explotadores y opresores, es deber elemental para los anarquistas que empiecen a ser entre ellos lo más anarquistas posible, es decir, mutuamente respetuosos de su dignidad personal y de la respectiva libertad de pensamiento y de iniciativa.

LUIS FABRI

HACIA LA ANARQUIA

POR
**ERRICO
MALATESTA**

Es una idea muy general la de que nosotros, porque nos decimos revolucionarios, pretendemos que la anarquía debe venir de golpe, como consecuencia inmediata de una insurrección que abata violentamente todo lo que existe y lo sustituya con instituciones verdaderamente nuevas. Y, a decir verdad, no falta entre los compañeros quien conciba de tal modo la revolución.

Este prejuicio explica por qué muchísimos, entre los adversarios de buena fe, creen que la anarquía es una cosa imposible; y explica también por qué algunos compañeros, viendo que, dadas las presentes condiciones morales del pueblo, oscilan entre un dogmatismo que los coloca fuera de la vida real y un oportunismo que prácticamente les hace olvidar que son anarquistas y que deben combatir por la anarquía.

Es cierto que el triunfo de la anarquía no puede ser el efecto de un milagro ni puede producirse en contradicción con la ley general, axiomática, de la evolución; que nada acontece sin causa suficiente, nada se puede hacer sin tener la fuerza para hacerlo.

Si quisiésemos substituir un gobierno por otro, es decir imponer nuestra voluntad a los otros, entonces bastaría reunir la fuerza material necesaria para abatir a los opresores y ponernos en su lugar.

Pero nosotros, en cambio, queremos la anarquía, que es una sociedad fundada en el acuerdo libre y voluntario, en la que nadie pueda imponer su voluntad a otros y todos puedan hacer lo que quieran y contribuyan voluntariamente al bienestar general y que por eso no habrá triunfado definitiva y universalmente sino cuando todos los hombres se nieguen a ser mandados y a mandar a los otros y hayan comprendido los beneficios de la solidaridad y sepan organizar la vida social de modo que no quede ningún rastro de violencia y de imposición.

Y así como la conciencia, la voluntad, la capacidad se desenvuelven gradualmente y encuentran ocasión de desarrollarse en la modificación gradual del ambiente, en la realización de la voluntad a medida que se forman y se vuelven superiores, así la anarquía no puede venir sino poco a poco, creciendo gradualmente en intensidad y en extensión.

No se trata, pues, de realizar la anarquía hoy, o mañana o dentro de diez siglos, sino de marchar hacia la anarquía hoy, mañana y siempre.

La anarquía es la abolición de la explotación y de la opresión del hombre por el hombre, es decir la abolición de la propiedad individual y del gobierno; la anarquía es la destrucción de la miseria, de las supersticiones, del odio. Entonces, cada golpe aplicado a las instituciones de la propiedad y del gobierno, cada elevación de la conciencia popular, cada igualamiento de condiciones, cada mentira deshecha, cada parte de la actividad humana sustraída al control de la autoridad, cada aumento del espíritu de solidaridad y de iniciativa es un paso hacia la anarquía.

El problema está en saber escoger el camino que verdaderamente nos acerca a la realización del ideal, y no en confundir los progresos verdaderos con las hipócritas reformas que, con el pretexto de mejoramientos inmediatos, tienden a distraer al pueblo de la lucha contra la autoridad y contra el capitalismo,

a paralizar su acción y a hacerle esperar que algo se puede obtener de la bondad de los patrones y de los gobiernos. El problema está en saber emplear las fuerzas que tenemos, y que vamos adquiriendo, del modo más económico y más útil para nuestras miras.

Hoy hay en todos los países un gobierno que por medio de la fuerza bruta impone la ley a todos, obliga a todos a dejarse explotar y a sostener, quiéranlo o no, las instituciones existentes, e impide que las minorías que puedan actuar sus ideas y que la organización social en general pueda ir modificándose a modificarse la opinión pública. El curso regular, pacífico, de la evolución es detenido por la violencia y con la violencia es preciso abrirle el camino. Por eso queremos la revolución violenta hoy, y la queremos siempre mientras por la fuerza se quiera imponer a alguien alguna cosa contraria a su voluntad. Suprimida la violencia gubernativa, nuestra violencia no tendría razón de ser.

Todavía no podemos abatir al gobierno existente; quizá mañana no podremos impedir que sobre las ruinas del gobierno presente surja otro. Pero eso no nos impide hoy, no nos impedirá mañana combatir contra cualquier gobierno, negándonos, siempre que nos es posible, a someternos a la ley y oponiendo la fuerza a la fuerza.

Todo debilitamiento de la autoridad, todo aumento de libertad será un progreso hacia la anarquía, siempre que sea conquistado y no mendigado, siempre que sirva para darnos mayor aliento en la lucha, siempre que consideremos al gobierno como un enemigo con el cual nunca debe hacerse la paz, siempre que recordemos bien que la disminución de los males producidos por el gobierno consiste en la disminución de sus atribuciones y de su fuerza, y no en aumentar el número de los gobernantes y hacerles elegir por los mismos gobernados. Y por gobierno entendemos a cualquier hombre o grupo de hombres que en el Estado, en la región, en el municipio o en la asociación tenga el derecho de hacer la ley e imponerla a los que no la quieren.

No podemos abolir todavía la propiedad individual, no podemos disponer de los medios de producción necesarios para trabajar libremente; quizá no lo podremos tampoco en el próximo movimiento insurreccional. Pero eso no nos impedirá mañana combatir continuamente contra el capitalismo. Y cada victoria, por mínima que sea, ganada por los trabajadores contra los patrones, cada disminución de la explotación, cada parte de riqueza sustraída a los propietarios y puesta a disposición de todos, será un progreso, será un paso en el camino de la anarquía, siempre que sirva para aumentar las pretensiones de los trabajadores y aguzar la lucha, siempre que sea aceptada como una victoria sobre el enemigo y no como una concesión que debemos agradecer, siempre que permanezcamos firmes en el propósito de quitar por la fuerza a los propietarios, apenas sea posible, los medios que ellos, protegidos por la fuerza del gobierno, han robado a los trabajadores.

Eliminado de la sociedad humana el derecho de la fuerza, puestos los medios de producción a dispo-

sición de quien quiera producir, lo demás debe ser fruto de la evolución pacífica.

Abatido el gobierno y todas las instituciones dafiosas por sí mismas y que se sostienen sólo porque están defendidas por la fuerza del gobierno, conquistada para todos la libertad completa y el derecho a los medios de trabajo, sin el cual la libertad es una mentira, la anarquía no existirá, o sólo existirá para los que la quisieran y solamente en aquellas cosas que ellos puedan hacer sin el concurso de los que no son anarquistas. Pero poco a poco se irá extendiendo a los demás hombres y a las demás cosas, hasta abrazar a toda la humanidad y todas las manifestaciones de la vida.

Entretanto, mientras luchamos para llegar a ese punto, no pretendemos destruir sino las cosas que podemos substituir y a medida que podemos substituir.

Por ejemplo, funciona en la sociedad actual el servicio de aprovisionamiento. Esta mal hecho, caóticamente, con gran derroche de fuerzas y de material y en vista del interés de los capitalistas; pero en suma, de cualquier modo se come y sería absurdo querer desorganizarlo si no se está en condiciones de asegurar la alimentación de la gente, de modo mejor y más justo.

Existe un servicio postal: tenemos mil críticas que hacerle, pero nos servimos de él para mandar nuestras cartas, seguiremos sirviéndonos, sufriendo tal como es, hasta que hayamos podido corregirlo o substituirlo.

Existen escuelas muy malas, por cierto! pero no dejaremos que nuestros hijos se queden sin aprender a leer y escribir, esperando que hayamos podido organizar escuelas modelo suficientes para todos.

De lo que resulta que para realizar la anarquía no basta tener la fuerza material para hacer la revolución, sino que es preciso también que los trabajadores, asociados según los diversos ramos de producción, se pongan en condiciones de asegurar por sí mismos el funcionamiento de la vida social sin necesidad de capitalistas y gobiernos.

Y se ve también que las ideas anarquistas, lejos de estar en contradicción, como pretenden los socialistas "científicos", con las leyes de la evolución probadas por la ciencia, son una concepción que se adapta a ellas perfectamente: son el sistema experimental llevado del campo de las investigaciones al de las realizaciones sociales.

E. LOPEZ ARANGO — D. A. DE
SANTILLAN

El Anarquismo en el Movimiento Obrero

Un vol. de 200 págs 8.0

Precio: \$ 0.80

PALISSY

Bernardo Palissy modeló la tierra fijándole los colores con la llama. Ese santo de la cerámica ha sido un gigante contra la burla de los hombres y el poder misterioso que existe en la arcilla, los metales y el fuego. Ha vencido a los genios de la tierra y a los que piruetean en el fuego. Con un alma capaz de todos los sufrimientos y con un cuerpo victorioso de las extenuaciones, por él el trabajo ha superado al amor, que es fuerte como la muerte, pero no más. En las noches reposo para todos, trabajo para él, que velaba, sórdido, hambriento, serruchando la leña a la medida del hogar, hachando, servidor del fuego implacable, reducido a un último trozo cuando aún los potes no estaban cocidos. Su trabajo resonaba a media noche. Los vecinos, despertados a los golpes de sus herramientas, decían: es el alfarero loco. Ponía en el fuego la silla donde sentaba su enérgica fatiga. Aumentar la cocción hasta el punto necesario, o morir. Dos horas más, una más. Que todo lo que pueda quemar se queme. Y loado sea dios que está en el fuego. El hogar roncaba lleno de crepitaciones y apoteosis por la tenacidad del hornero.

Bajo el sarcasmo de los vecinos, las imprecaciones de la esposa y la autoridad de la llama, negro de hollín, flaco de hambre, de sudor y de angustia, no veía nada que no fuera servir el fuego. Por encima de sus sufrimientos, el genio del Trabajo extendía su gloria, venida del fondo de los tiempos, cuando el hombre dibujaba con la punta de un pedruzco sobre un hueso de reno, o cuando las muchedumbres esclavizadas y hostigadas levantaron las Pirámides en su enorme simplicidad del triángulo sobre el cuadrado.

Esa noche, cuando los esmaltes quedaron adheridos a la tierra cocida, Palissy conoció la dura alegría de todos los que se han destruido para crear. Pero victorioso, estaba todavía vencido. Las llamas directas habían lanzado cenizas y humo sobre la cerámica.

El fuego engañaba todavía al hombre que dominaba a los esmaltes. Rompe entonces las piezas ennegrecidas, pero utilizables, y contra las murmuraciones de los que deseaban comprárselas, continuó su voluntad, rehusando humillar la belleza del trabajo para disminuir su miseria. Y recomienza haciendo cocer las tierras al abrigo de las llamas, pasando otra vez noches y noches trozando leña después de los días entregados a modelar y esmaltar, consagrados a conseguir su cerámica como un mártir cristiano en confesar a Cristo. El esmalte, abrigado en cacetas refractarias, sale limpio de chispas y cenizas, y el hombre, alcanzado el bien hacer, tuvo en sus manos sucias la gloria de la tierra coloreada por vitrificación; la tierra del sepulturero, la tierra de la maleza y de las cochinas, el barro de los caminos, él lo había transformado en cerámica adornada con hojas, agua, peces, reptiles.

Ese santo del trabajo ha creado al oficio un alma durable entre los artesanos dignos de sufrir el demonio de los hornos. Su labor tiene la alegría de inventar la forma y el color, la línea de la estatuaría, la química de los metales, el diabolismo de la llama, la estica, el pincel y la grilla del fuego. En ningún trabajo el hombre es creador más completo que cuando, habiendo recogido un puñado de tierra, hace salir del horno resplandeciente la cerámica luminosa y florida.

PIERE HAMP.

UN PENSADOR ANARQUISTA DEL RISORGIMENTO

Carlo Frigerio

Carlo Pisacane



EN estos tiempos de recrudecimiento reaccionario, es necesario sacar a relucir las figuras de los hombres que en el pasado han consagrado su actividad, su inteligencia y su saber, y a veces sacrificado también su vida, por la causa de la libertad, a fin de señalarles como ejemplo a las generaciones nuevas e incitarlas de tal manera a proseguir la obra de aquellos pioneros.

Entre los héroes de la revolución italiana hay uno cuya figura nos es todavía querida, pues es al mismo tiempo la de un precursor en Italia del pensamiento socialista, considerado como la expresión más atrevida de la libertad, del socialismo anarquista en una palabra. Pues Carlos Pisacane se puede considerar uno de los primeros teóricos italianos de tal doctrina, aunque su nombre es más comúnmente conocido como el de un héroe y mártir del Risorgimento nacional, como el de un patriota. Puede a la primera impresión parecer paradójico que un patriota haya enunciado ideas cuya realización presupone la supresión de las barreras que dividen a las naciones. Pero en aquel tiempo en que Italia, dividida, gemía bajo la opresión de múltiples tiranías, la idea de libertad estaba asociada naturalmente a la de unidad de la patria. Libertar al pueblo del opresor inmediato constituía para el revolucionario de entonces, el primer paso en el camino de la liberación más completa; así como hoy nos aparece imperiosa la necesidad de derribar ante todo la dictadura que nos oprime, si queremos hallarnos en condición de reiniciar el camino de la emancipación integral.

La Italia fascista ha querido celebrar hace tiempo al mártir napolitano; pero bajo el régimen de terror y de opresión de toda libertad, tal celebración sonaba a insulto contra la memoria de aquel que había sacrificado su vida por la libertad del pueblo.

Nacido en Nápoles en 1818, de familia aristocrática del ambiente de la corte borbónica, Carlos Pisacane hizo sus estudios en el colegio de la Nunziatella, distinguiéndose particularmente en las ciencias matemáticas. Salió de allí con el grado de subteniente, y los primeros años de su juventud los pasó en la ciudad natal, donde habiéndose señalado como ingeniero de valor, tuvo encargos importantes, como la construcción del primer ferrocarril entre Nápoles y Caserta.

El estudio de las cuestiones políticas a que mientras tanto se había dedicado y los acontecimientos que se iban madurando en el reino de Nápoles y en toda Italia, le impulsaron muy pronto a tomar posición contra el gobierno borbónico. Habiendo dimitido

del ejército en 1847, fué a Londres, luego a Francia, donde por breve tiempo se enroló en la legión extranjera.

Desde aquel momento comienza la actividad revolucionaria de este pensador de inteligencia abierta a las nuevas ideas, de carácter altivo y de ánimo atrevido. Y como al año siguiente Italia, siguiendo el ejemplo de las otras naciones europeas que son recorridas todas por un estremecimiento de rebeldía y por un ardor de batalla, se levanta contra el opresor austriaco, Pisacane deja la legión y se va a Génova y de allí a Milán para enrolarse en el ejército lombardo. Pero los insurrectos son derrotados, los austriacos vuelven a Milán, y entonces Pisacane acude a Roma para intentar defender, al lado de Mazzini y de Garibaldi, la amenazada república.

El pensamiento político de Pisacane se va concretando en aquellos años de actividad y de batallas y en su cerebro aparece cada vez más claro el concepto de la lucha por la libertad, entendida ésta no como simple aversión a la tiranía extranjera, sino como destrucción de la opresión bajo todas las formas. Sus conocimientos y experiencias en el campo de la técnica militar se propone ponerlos en lo sucesivo únicamente al servicio del pueblo, de la revolución emancipadora de los trabajadores. En aquellos años, además de profundizar el estudio de las cuestiones políticas y sociales, Pisacane desplegó una actividad intensísima, pasando de Italia a Suiza y viceversa, estrechando allí los lazos de amistad y de colaboración que lo ligaron en lo sucesivo a los exponentes mejores del movimiento revolucionario italiano, especialmente con Mazzini que le tenía en grandísima estima a pesar de la diferencia substancial de sus ideas en materia filosófica y social.

En 1851 fué publicada su primera obra, escrita en Lugano, sobre "La guerra in Italia nel 1848-49". Otro trabajo suyo más importante titulado: "Saggi storici politici militari sull'Italia" se terminó en 1855, en la soledad de Albaro, donde el autor habitaba junto con la fiel y amada compañera de su vida, y publicó solamente después de su muerte, por cuenta de algunos amigos.

Esta última obra, dividida en cuatro partes, contiene el conocido "Saggio sulla rivoluzione", reimpresso más tarde hasta en forma popular, en donde el autor somete el orden social-político vigente a una crítica despiadada, desarrollando con atrevimiento los principios generales de sus puntos de vista político-administrativos, principios que confinan de un modo abierto con los del comunismo anárquico, aunque Pisacane no les diese ese nombre. La reconstrucción de la sociedad preconizada por él, basada en la libre asociación de las Comunas, responde plenamente al espíritu federalista y autonomista, a aquel concepto de organización "autodinámica" de la sociedad de que se ha ido, en este último período nuestro de desenfundada centralización, perdiendo la noción exacta, pero que deberá indudablemente surgir de nuevo en un porvenir no lejano, cuando la infatuación fatalista en las virtudes de la omnipo-

tencia estatal haya superado el extremo de su parábola, y los individuos y las asociaciones se afirmen nuevamente como los elementos vitales del progreso social.

Según Pisacane, el socialismo deberá asegurar a todos los hombres el derecho al disfrute pleno, entero e inmediato de la libertad y del bienestar material. Pues, dice, la libertad, — el único bien capaz de justificar la necesidad de la revolución —, se realiza con la práctica cotidiana, no contentándose, en cambio, con una "mediana libertad" como "señuelo de un mejor porvenir". La educación de la libertad — noción relativa y que presupone el contacto con otros hombres — el individuo debe poder realizarla en la asociación, basándola en el principio de la igualdad social. Es tal principio el que se deberá realizar además y por encima de la independencia nacional. En este concepto suyo de la función altamente civil y libertadora de la asociación, Pisacane suscribe las ideas de Proudhon, según el cual "la libertad de cada uno encuentra en la libertad ajena, no un límite, sino una ayuda", y para el cual "el hombre más libre es el que tiene mayor número de relaciones con sus semejantes".

Pisacane huye de la metafísica, y su mente educada en el razonamiento positivo y racional no puede concebir la noción de libertad más que apoyada, como hemos dicho, sobre un fundamento seguro y práctico, es decir sobre la igualdad de las condiciones materiales de los individuos. Y este concepto suyo lo desarrolla con amplitud — adelantándose a las doctrinas del marxismo — mediante un análisis de las transformaciones sucesivas de la vida social, desde el primer núcleo familiar hasta las sociedades civilizadas de nuestro tiempo. Lo mismo que Proudhon, mente nutrida de cultura y férvida de ideas, pero además hombre de acción y alma dispuesta al extremo sacrificio — Carlos Pisacane, mientras madura los planes de acción directa inmediata por el rescate de la patria italiana como primera etapa hacia metas más lejanas elabora al mismo tiempo las ideas más vastas que fermentan en los cerebros de los reformadores sociales de su tiempo — de Fourier a Robert Owen — y las plasma y las desarrolla según el genio de su temperamento exquisitamente libertario.

El derecho de propiedad y el principio de libertad, o sea el gobierno, considerados por él como "terribles fuentes de mal", como "obstáculos para la felicidad humana", tienen en Pisacane un adversario irreductible. Y a la objeción: "Pero ¿cómo podrá regirse la sociedad, privada de esos males? ¿Qué se pondrá en su lugar?" — responde: "No son cuestiones que debe plantearse el revolucionario, ni que se planteen las muchedumbres. Aquel señala la causa de los males, los obstáculos que se oponen al bien público; éstos irrumpen en él como mugientes y los arrojan. La sociedad, como las aguas que tienden siempre a nivelarse, volverá a tomar por sí misma el equilibrio".

No repudia Pisacane de modo menos preciso e inequívoco el principio de religión. En una época en que, por lo menos en Italia, los escritores más avanzados se abstienen de combatir la esencia misma de la religión y se contentaban con criticar sobre todo las formas exteriores, Pisacane no se complace en la ambigüedad y en los términos medios, sino que afirma sin reservas que la religión es "el obstáculo más poderoso que se opone al progreso de la huma-

nidad". Y dirigiéndose a aquellos que, como Mazzini y otros, quisieran crear una nueva religión para la sociedad regenerada, en nombre de la humanidad, de la libertad o del pueblo, Pisacane observa todavía con lógica implacable: "La religión está fundada sobre una idea de potestad suprema, de dependencia, sin la cual no podría existir. Sin rezos, sin creencias, sin culto, sin autoridad, no hay religión... La religión es un sentimiento de debilidad que nos hace creadores y adoradores de potencias sobrehumanas, y cuando la razón demuestra que esas fuerzas no existen, o que al menos no imponen deberes... la religión no existe tampoco". Y concluye: "La sociedad regenerada deberá ser indudablemente irreligiosa".

Muchas de las observaciones contenidas en los escritos de Pisacane y que se aplican a su modo de concebir la posibilidad y las modalidades prácticas de la revolución para la unificación del territorio nacional, no están privadas por eso de interés desde el punto de vista de la revolución en general, y a menudo conservan también un vivo sabor de actualidad. "Las revoluciones — escribe en su ensayo citado ya — son como las ondas de un torrente rápido que, aun cuando turbias por el barro removido del fondo, no se detienen ni cesan de apartar con furia los obstáculos que se oponen a su curso. En cuanto un príncipe o un poder cualquiera surge para dirigir el movimiento y dice *lo haré yo*, inmediatamente todo ciudadano de actor que es se convierte en espectador, el impetu de la revolución se amortigua".

Pero lo que preocupa sobre todo al precursor napolitano del socialismo anárquico, es el poner de acuerdo el pensamiento con la acción. En eso se asemeja al gran genovés, de quien sin embargo lo dividieron tan profundamente las concepciones sociales.

Y es así que, después de haber madurado el plan de la acción temeraria que lo llevará a la muerte gloriosa, adelantándose en tres años a la expedición de los Mill, deja el tranquilo eremitorio de Albaro y, junto con Giovanni Nicotera y otros veinte voluntarios, zarpa clandestinamente el 25 de junio de 1857 de Génova, consiguiendo, después de no pocas peripecias, desembarcar en Sapri, pequeña localidad del litoral de Nápoles. Allí el puñado de los conjurados, engrosado mientras tanto por algún centenar de prisioneros políticos del Borbón, libertados en la isla de Ponza (también entonces lugar de deportación para los adversarios del régimen), confiando en los esfuerzos que debían llegarles del interior, se dispuso a arrastrar consigo a la población al grito de libertad promoviendo un movimiento revolucionario contra el gobierno.

Pero la traición de algunos y la ignorancia y la hostilidad de la muchedumbre hicieron fracasar la atrevida tentativa. Después de una efímera victoria, las fuerzas gubernativas consiguieron deshacer el pequeño ejército revolucionario, el cual, después de algunos días de marchas forzadas, de tentativas infructuosas para atraer las masas, de privaciones indecibles, reducido a poco más de una decena de hombres además de los jefes, ofreció una última resistencia desesperada el 2 de julio, en la pequeña aldea de Sanza, frente a una turba de campesinos enfurecidos y hasta de mujeres, los cuales, excitados por los curas y armados de guadañas y de horquillas, se encarnizaron salvajemente contra aquellos "bandidos". En ese encuentro final, que se terminó con la herida y arresto de Nicotera y de los otros que habían quedado en el campo, Pisacane halló la muerte, bajo los

golpes repetidos de la muchedumbre inconsciente a la cual quería redimir de la opresión.

Así terminó, mártir incomprendido de la libertad, uno de los más puros héroes del Risorgimento, uno de los precursores más selectos de la idea libertaria y de la revolución social, aquel que la víspera misma de su trágico fin, escribía en su magnífico "Testamento político":

"Estimo a aquel que aprueba la conjuración y no conjura él mismo; pero no siento más que desprecio para aquellos que no sólo no quieren hacer nada, sino que se complacen en injuriar y en maldecir a aquellos que obran".

El militarismo en Francia

El ejército francés cuenta con 106.000 militares de carrera, 15.000 agentes militares, 30.000 empleados militares, 15.000 guardias republicanos móviles.

Todo eso para que el pueblo francés se resigne a su triste suerte, vote cada tantos años y pague las contribuciones crecientes y no diga esta boca es mía cuando el comercio, los caseros y todos los intermediarios aumenten el costo de la vida.

Mr. Edouard Daladier, el político radical socialista, dijo en la Cámara, el 10 de diciembre del año pasado:

"Cuando sumo los gastos metropolitanos, los de nuestras posesiones exteriores — sin incluir las colonias —, los créditos de la aviación militar y los gastos pulverizados en los presupuestos más pacíficos, (agricultura, trabajo, interior, mañana tendremos el comercio, las bellas artes), encuentro, como gastos militares reales, ocho mil 450 millones, o sea, siguiendo un ritmo normal desde 1923, un gasto anual suplementario de 600 millones.

De 1908 a 1912 el término medio de los presupuestos militares era de 860 millones de francos oro; es actualmente de 1.600 millones de francos oro, o sea el doble de lo que existía en período normal, antes de la guerra".

En la guerra

Un niño trabaja en la llanura, tan pequeño que el surco lo entierra hasta las rodillas. Para dar vuelta el arado se hiergue apoyándose en los terrones. Es un niño que no tiene miedo al trabajo. Su padre y sus tres hermanos están en el ejército. Tiene doce años. Los dos caballos, demasiado viejos para la caballería, lo conocen bien, desde cuando no lo llevaban al campo sino para sentarlo a la sombra de las parvas. Ahora, es el amo. Su voz es de mando. Las bestias, familiarizadas con el campo por haberlo trabajado tanto, obedecen con pausada seguridad. El trabajo está bien hecho, el surco recto. Las últimas brumas

del invierno están visibles en el fondo de la llanura. Las gaviotas expulsadas del mar brutal bajo la tempestad, vienen a los tranquilos charcos de la tierra. El ruido del cañón ya no las convence. A las primeras detonaciones habrán huído. Sus dulces alas gris perla cesaron de tocar aquí la ola o de abatirse en los campos contra las alas negras de las cornejas. Pero han vuelto a sus costumbres. El ruido de la guerra no turba más ni a los pájaros, ni a los caballos, ni al niño que trabaja.

El humo de la granja, cortado a ras de la chimenea, huye en figuras que no duran sino el instante de una mirada. Los árboles, resignados al viento, no se levantan más. Del lado del mar, de donde vienen frecuentes borrascas, sus ramas están muertas. En ese paisaje nada sonríe. Pero lo negra tierra húmeda paga bien al hombre su pena. La inmensa llanura lleva un niño vigilante que emprende por encima de las fuerzas. Aquí vive el severo símbolo del trabajo invencible. La tierra abraza al labrador minúsculo. El marcha con esfuerzo, pero la domina y la fecunda. El es el señor de ese pedazo de mundo. La gravedad de la llanura conviene a este imperceptible obstinado. Su gesto es lento para dar vuelta el pesado arado y atacar el surco invernal, pero no titubea. Es débil y seguro de sí mismo. Su alma emprende con tranquilidad mayor de lo que puede su cuerpo. Su heroísmo es de conseguirlo y de contentarse de estar solo.

Soldados a caballo pasan sobre la ruta; su estatura toma en ese país llano, un gran relieve. Son gigantes en un horizonte de brumas. El niño en el surco no parece nada y es la fuerza de eternidad. La llanura es tan vasta que produce la misma angustia que el mar. Está perdido en las tierras. Cumple lo que domina a todo: el trabajo.

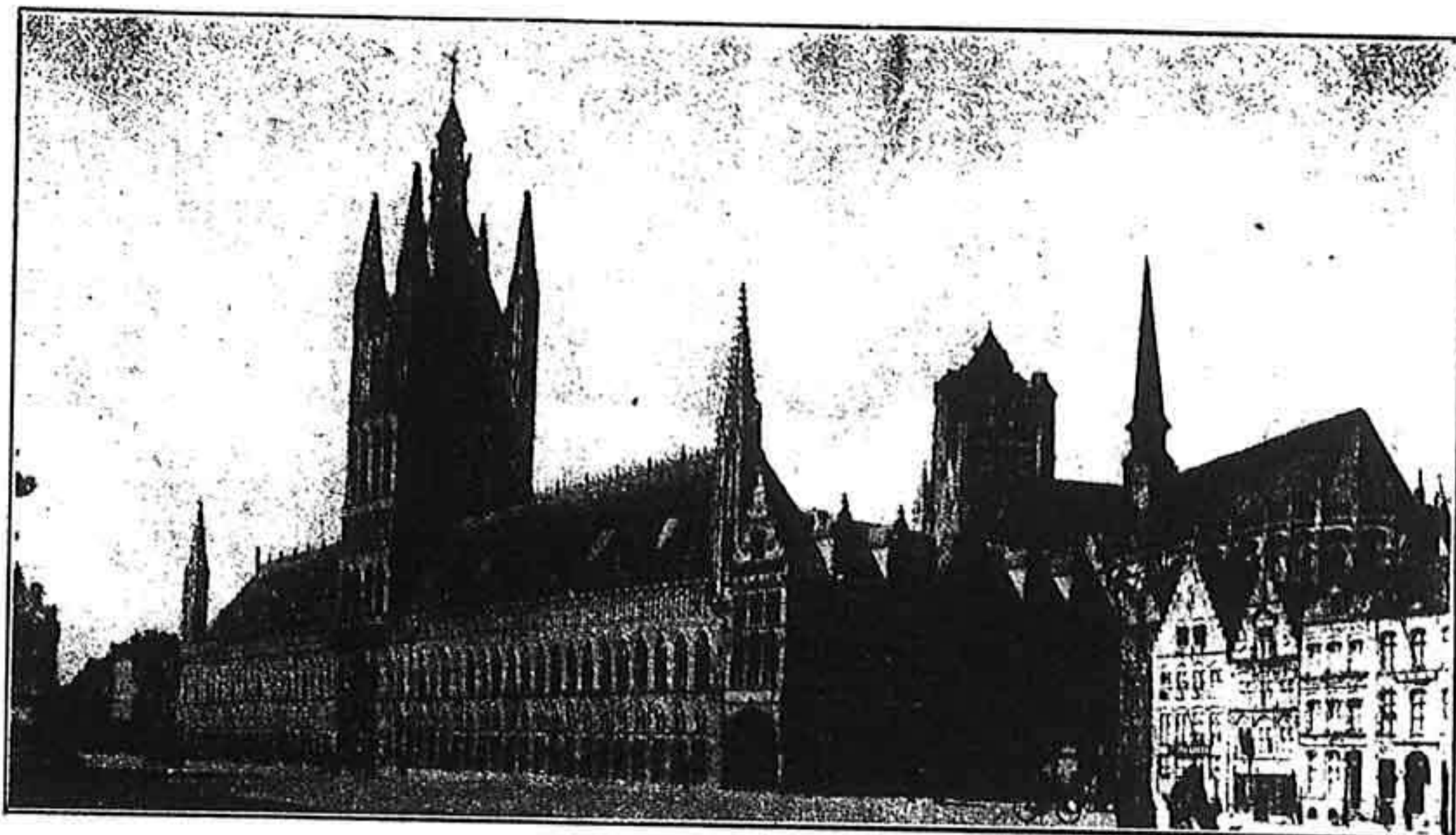
P. HAMP.

Los ciegos: un problema social

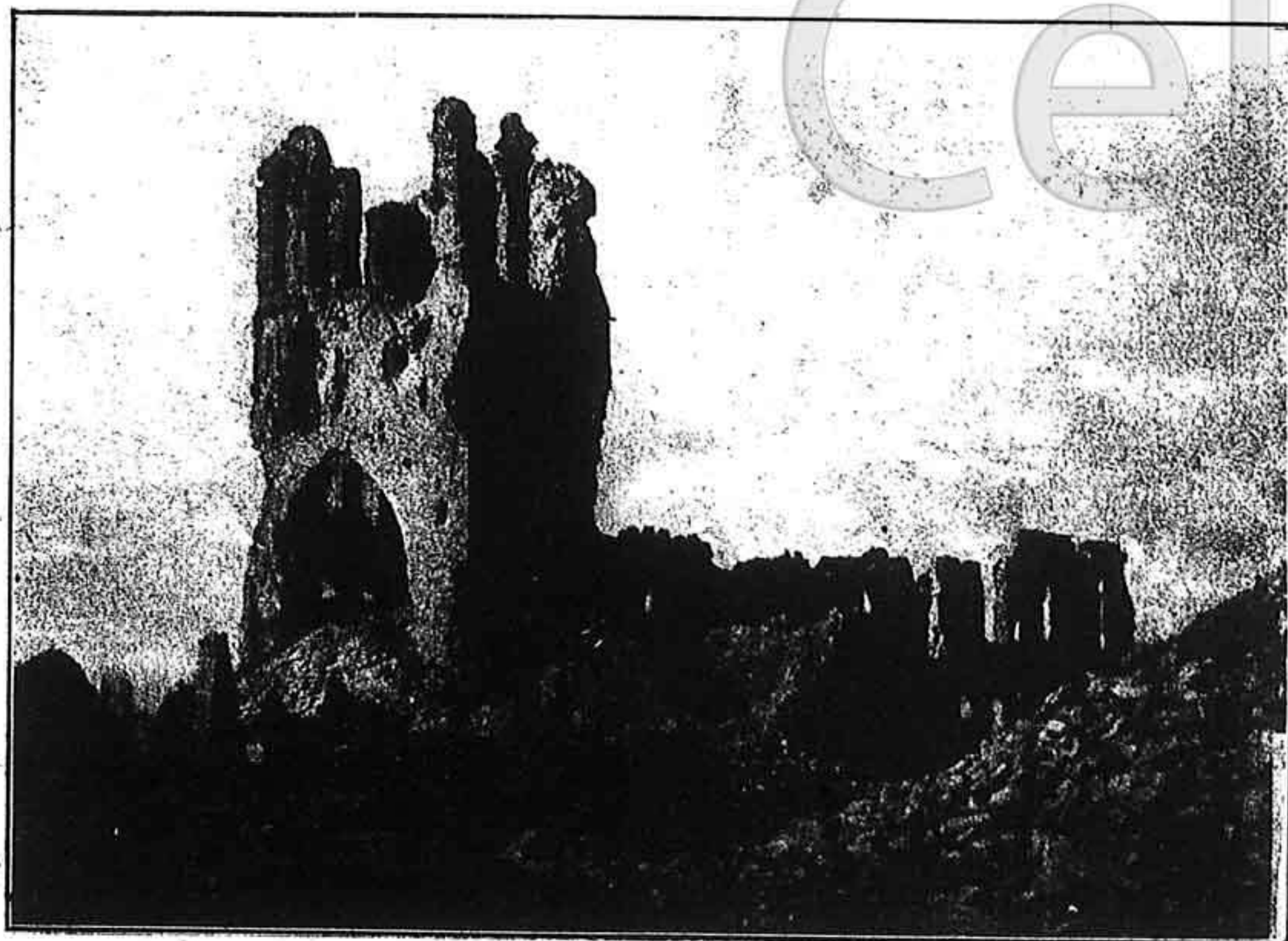
La ceguera es un problema social que vale la pena tener presente y contribuir, aunque sea de modo parcial, a aliviar su terrible significación para millones de seres humanos afectados por ella. No se curará, como no se ha de curar la plaga de la tuberculosis, de la sífilis, etc., etc., por obra de la revolución, pero puede disminuirse su intensidad y su difusión, porque la solución del problema de la justicia social y de la libertad implica también una humanidad sana, normalmente desarrollada, con el derecho y la posibilidad de vivir al aire libre, alimentada, debidamente atendida, de acuerdo a los preceptos más elementales de la higiene.

Gran parte de la actual mortalidad por ciertas enfermedades es un verdadero homicidio que debe atribuirse al régimen social capitalista. La ceguera es en muchísimas ocasiones un grito de las condiciones pésimas de vida, de la ignorancia en que es mantenida la población, de la imposibilidad material de atender a la curación de enfermedades contagiosas y hereditarias a causa de la miseria; pues la ceguera ataca, naturalmente, como la mayor parte de las enfermedades, a las clases pobres.

LAS VIRTUDES CREADORAS DE LA GUERRA



LAS TUCHHALLEN EN YPERN, ANTES DE LA GUERRA



... Y DESPUES

L A C O S E C H A ^{P O R}

C U E N T O D E L C A M P O

PEDRO
GODOY

I

Anocheció pesadamente sobre la pampa. Hosco paisaje. Nostalgia. Después de un día apretado y ardiente, cansancio de verano. Día cruzado—por chirles de remolinos de tierra y puñados de sol, como fuego. Insectos.

Todo era reposo tibio, ahora, sobre la gran llanura silenciosa.

La materia, cansada, se había tendido sobre el suelo en una desesperación de renunciamiento acoquinada en el inmenso poncho de la noche, salpicado por las lentejuelas brillantes de las luciérnagas e interrumpido de trecho en trecho por el grito alcahuete de algún tero centinela.

II

Sobre la faz barbuda del rastrojo, se distinguían apenas los bultos de las cuatro parvas, el motor y la trilladora.

Y mirando a la derecha, un poco más lejos, un pequeño fogón cuyos reflejos iluminaban el flanco de la casilla y las caras campesinas de cinco hombres que lo rodeaban.

Rezagados, pereza de acostarse por el cansancio, después de un desordenado trajinar desde las cuatro de la mañana hasta las nueve de la noche.

Encima del fogón, al que de vez en vez alguno arrimaba un puñado de paja, rezongaba lerdia y tiznada, lo que podría ser un símbolo criollo: la pava. El jarro enlozado que servía de mate iba como de visita, por todas las manos de los hombres que formaban la rueda.

—¡Y no lloverá...! — dijo uno de ellos mirando hacia arriba al cielo totalmente acribillado de estrellas.

—Hace calor pero el tiempo se mantiene firme, — sentenció otro.

—Sin embargo esta tarde se remontaron los cha-

Unos datos sobre la cifra aproximada de los ciegos en el mundo:

Según una estadística hecha en 1910, en Estados Unidos, habría 3.000.000. Tres millones de ciegos en el mundo representan un porcentaje digno de toda consideración. Alemania tiene 62.000 ciegos, Italia 38.000, Inglaterra 30.000, Francia 30.000, España 25.000, la Rusia europea 207.000. En China la cifra de los ciegos alcanza a medio millón, y, además, hay quince millones de personas que sufren de la vista y se aproximan más o menos a la ceguera. En las Indias hay 315.000 ciegos, en Egipto 148.000. ¿Para qué más?

Como causas principales de la ceguera se mencionan el tracoma y la conjuntivitis granulosa, la viruela, la sífilis adquirida o hereditaria (el 15 por ciento de los ciegos tienen ese origen), la oftalmia de los recién nacidos a causa de la blenorragia, la glucoma...

Es pues la ceguera un gran problema social: un problema social de prevención de esta enfermedad por el esclarecimiento de sus causas, y un problema social por la carga parasitaria que significa el ciego a quien no se educa para ganarse la vida con un trabajo apropiado.

jás — dijo Ramírez, el linghera que desde hacía un mes trabajaba en la máquina como horquillero.

Pero lo dijo, por decir algo, de aburrimiento. Él, estaba convencido que no llovería por ahora. Ese viento Norte, pesado, resollando fuego, que cruza los veranos casi de punta a punta, envuelto en el ponchito hilachento de su hastío, es lerdón para traer agua. Es capaz de caminar primero todo un cuarto menguante, toda una luna, desmelenando la cresta de los cardos sobre los campos resechos, antes de aparecerse revoleando por sobre su cabeza algún puñado de nubes y que, a lo mejor el pampero, brusco y tirano, le arrebatara de un manotazo para hundirlas de nuevo allá en el hilo rosa del saliente.

—¡No llovería! Y él ¡qué ganas tenía de descansar un poco!...

III

En la cosecha del trigo, los días se prolongan en un rosario de cansancio y en un trabajo monótono y brutal, desde la punta del día, hasta que se borra de nuevo totalmente sobre la tierra la otra punta y aun sigue a la luz de la luna, cuando hay luna; y a veces, hasta a la luz de las estrellas cuando la codicia del que ordena, que nunca se colma, es demasiado criminalmente abusiva.

Entonces, para el pobre cuerpo exhausto del peón, exprimido por el trabajo, el sol, la mugre, el único consuelo es la lluvia para descansar un trecho en la negra cadena de los días.

A Ramírez, le dolía mucho la cintura y las piernas. La cabeza le zumbaba. La suciedad le picaba en el cuerpo en capas de sudor y de polvo superpuestas en quince, veinte días sin lavarse ni la cara, las manos retobadas en una roña grasienta. Siempre ahí, sobre la parva, expuesto al agujón de los tábanos, empujando gavillas al cilindro, los oídos perforados por el zumbido de la máquina, idiotizado por el chis-chás, chis-chás, del motor, en horas interminables descontando apenas entre cuarto y cuarto lo indispensable para sorber un plato de mate cocido o una presa de puchero, a veces de carne descompuesta, llena de querezas, reseca por el sol y revolcada en el suelo.

Entrecerraba los ojos y se veía, ahí, entre el montón de gavillas rubias, sobado, marchito, lamentable, envuelto en el polvillo del tubo, bajo un resplandor de fuego que rodeaba al campo en una cintura de espejismo.

¡Con razón estaba cansado!

Esa noche la máquina había parado a las nueve porque ellos, los peones de la parva, se habían negado a continuar más allá la tarea. Trabajaban a destajo, ideado por el patrón para sangrarlos más con el engaño de un mayor rendimiento de jornal.

—¡Somos tanteros, pero no bestias! — Le habían rezongado al maquinista.

Luego, de uno a uno, se habían ido a dormir sus compañeros.

Al alejarse del fogón los tragaba la sombra, sucios, barbudos, encorvados de alcohol y de cansancio.

IV

Se quedó solo, él con el sereno.

—Menos mal que vos dormís todo el día — le



BIBLIO- GRAFIA

LUIS J. ROCA. — "Regresión", Sátira sintética. — Buenos Aires, 1929, 234 págs.

Sale de la cursilería ambiente. Deja de ser un libro meramente literario para ir más hondo: para hurgar en la entraña de la sociedad buscando la cuna de sus males. Para ridiculizar ese afán ciego, desorbitado de progresar, progresar, crear máquinas, dinero, ejércitos, sin una finalidad humana, sin dejar tras de sí

dijo.

El otro, sonrió con ironía.

—No creas, hermano. Con los mosquitos y el calor no es posible dormir.

—¿A qué hora vas a tocar pito?

—A las tres y cuarto el primero y a las tres y media el segundo, me ha dicho el maquinista.

¡A las tres y media! ¡Y ya eran como las once! Tomó en dirección a donde estaban sus pilchas. ¡Cómo le dolía la cintura!

Ya le parecía oír el pito ronco, prolongado, monótono, lerdo al principio, recio después, que llamaba con la misma obsesión de todos los días y la voz del maquinista, viva, animosa:

—¡Muchachos, a la correa, a la correa!

Se había tumbado, allí, cerca del fogón no más, sobre una rastrada de paja que tenía el cocinero para preparar el mate cocido, a la mañana.

Quiso darse vuelta... ¡cómo le dolían los huesos!

Un tero pasó chillando casi a ras del campo. Después, nada.

Al rato, sintió que el sereno ya empezaba a prender el motor. Sentía el ruido, "trun, trun", de la portezuela de la caja de fuego...

V

¡Sí! Estaba decidido.

Se enderezó un poco; ahora se sentía ágil, los huesos ya no le dolían. Tanteó sus ropas y extrajo la caja de fósforos de un bolsillo del saco. Escuchó un instante como si estuviese todavía indeciso o fuese a arrepentirse.

Luego, nervioso, se puso a gatear en dirección a las parvas, tratando de que éstas lo taparan a la vista del sereno, aunque en la penumbra no se veía casi.

Un perro, al pasar cerca, le gruñó.

—¡Duende! ¡Quieto!

Este, vino, lo olfateó; él le hizo una caricia y el perro se alejó meneando la cola. Siguió gateando ahí, de rodillas, silencioso, trágico. Ya estaba en las parvas...

Temblaba. Arrimó un fósforo... Medio atontado por la inmensa responsabilidad.

nada más que una estela de dolor y de miseria.

La exposición en general se aproxima mucho a nuestras teorías, sino fuera que nos descarta también, conjuntamente con todos los medios en brega, en la realización de los anhelos de felicidad humana...

Libro que se lee saboreándolo, pero que al final, deja un gusto amargo en la boca.

P. G.

ALBERT LONDRES. — "Tierra de ébano", (La trata de negros). — Un vol. de 250 páginas. Ed. Bauzá, Barcelona.

Como todas las campañas periodísticas de Albert Londres, ésta comienza hasta a los más indiferentes. El autor de "Dante no ha visto nada", las narraciones espeluznantes de los presidios franceses, nos ha ofrecido en "Tierra de ébano" una descripción viva y

Y en el mismo instante un frío intenso le recorrió todo el cuerpo como una víbora veloz que le anduviera por las calles de las venas. Se enderezó rápidamente y, siempre agazapado, tornó al montón de paja donde había estado echado. Se puso boca abajo cubriéndose la cara con los brazos.

VI

Primero, se vio como un farolito. Una llanita débil que se hacía rápidamente robusta, que crecía, crecía... hamacada por el vientito suave.

—¡Fuego! ¡Fuego! — gritó alguno.

—¡Fuego! ¡Fuego! — repitieron al ratito por todos lados.

Las palabras repicaban en sus oídos como golpes de un martillo sobre el yunque.

—¡Apaguen, muchachos!

—¡Apaguen! — gritaba el maquinista. La gente, medio desnuda, corría de un lado para otro. Las llamaradas, inmensas, lamían las estrellas, rajando en un tajo enorme las sombras nocturnas de la dulce madrugada de enero.

Gigantescos cuchillos rojos que chairaban desesperados. El campo se iluminó como de día, las liebres cruzaban al rastrojo disparando veloces. No había suficiente agua a mano para luchar contra el incendio, y las llamas, soberanas y orgullosas, brincaban de contentas sobre la máquina, el motor, las parvas, en un baile chisporroteante y fantástico. No había presión para mover nada.

El rastrojo estaba húmedo con el rocío, por eso el fuego no se extendía, enérgicamente atajado con bolsas mojadas y paladas de tierra por el peonaje de la trilladora y de la chacra.

El maquinista, pasó corriendo cerca de donde estaba Ramírez. El empezó a quejarse. El otro pasó sin hacerle caso.

Cuando se hubo retirado, juntó sus dos o tres pilchas se fué al camino y se acostó.

¡Ahora sí! Por fin. ¡Dormiría hasta que estuviese el sol alto!

A lo lejos, el resplandor, mecido por el viento, encrespaba el lomo como una inmensa víbora de oro.

acusadora del régimen colonial impuesto por Francia en sus posesiones de África. Sólo al leer lo que pasa allí, en el Congo, se ponen los pelos de punta; la realidad debe ser más espantosa todavía.

Hay en el libro pasajes que incitan a la meditación, como este, refiriéndose a la hospitalidad de los negros:

"Le darán de comer como a un pariente de paso. Entre los negros no hay pobres. Practican el verdadero comunismo. El hombre que negase el alcañuz quedaría deshonrado. Ninguno ha caído nunca de inanición. Cuando mueren de hambre es en masa, a coro, de una misma hambre.

"El dinero carece de valor para ellos. En sus dialectos no figura la palabra economía. Nuestra frase "hacer fortuna" no tiene significación aquí. En otros tiempos no trabajaban más que para comer. Hoy trabajan para pagar el impuesto. De cuando en cuando pagan incluso dos veces en una. ¡Pequeños escándalos de una tierra tan vasta!"...

Y resume así los resultados de la colonización francesa:

1.º Lo Seiscientos mil indígenas se han marchado a Gold Coast (colonia inglesa).

2.º Dos millones de indígenas se han marchado a Nigeria (colonia inglesa).

3.º Diez mil indígenas viven fuera de las aldeas, en estado salvaje (más salvaje), en las selvas de la Costa de Marfil.

Huyen:

1.º Del reclutamiento para el ejército.

2.º Del reclutamiento para los caminos o el ferrocarril.

3.º Del reclutamiento individual de los taladores de bosques.

El éxodo".

Esto no quiere decir que la colonización inglesa sea mejor. Todas las colonizaciones exterminan a la población nativa, con las armas o el exceso de trabajo o con los venenos alcohólicos. De cualquier modo, el libro de Londres es sugestivo, digno de leerse y de ser meditado en la tragedia que refleja en sus páginas vibrantes.

HIGINIO NOJA RUIZ. — "Como el caballo de Atila" (novela). — 321 págs. B. Editorial "Estudios", Valencia, 1929.

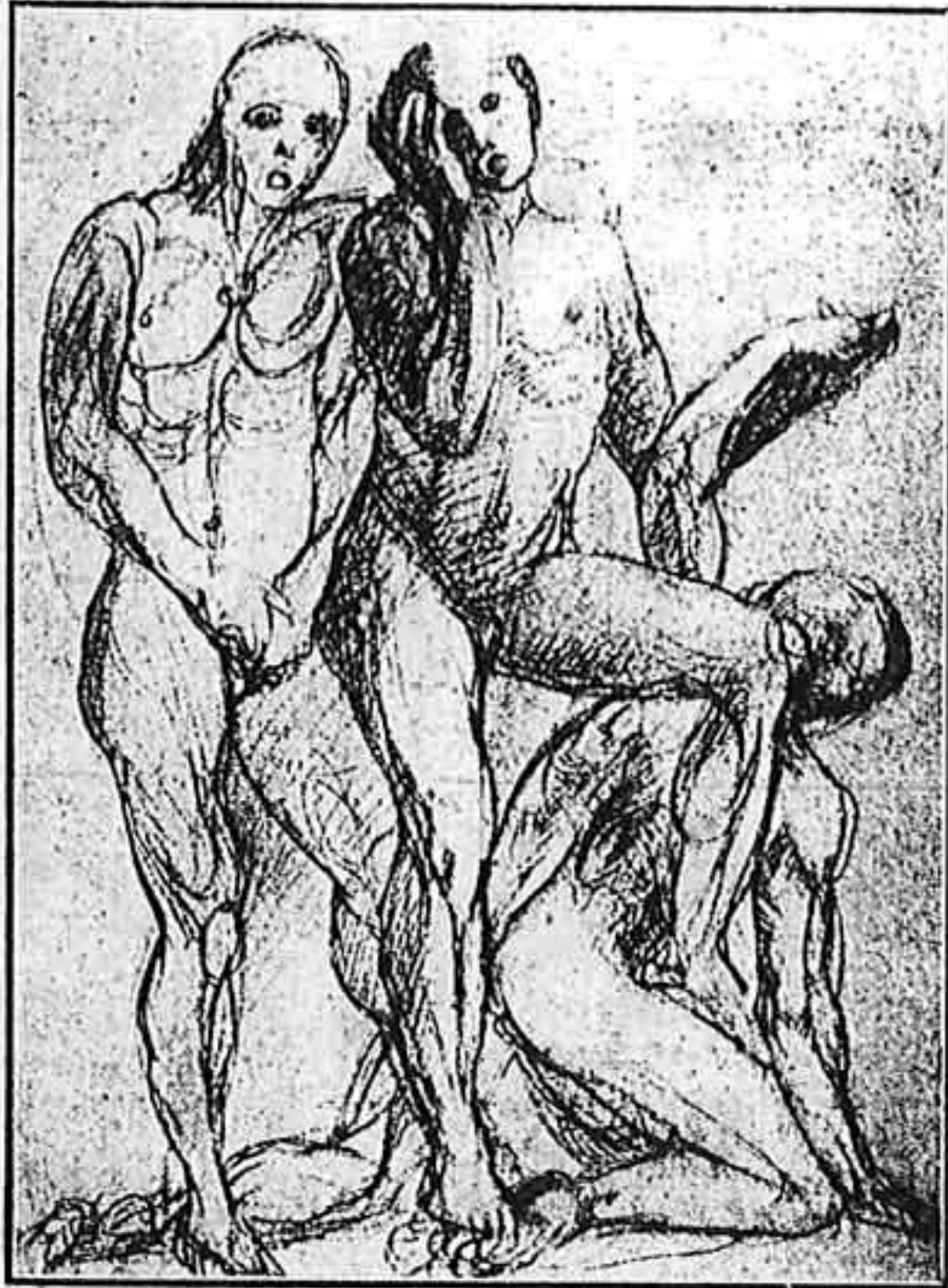
Noja Ruiz es un escritor de cierto vigor descriptivo cuando nos habla del ambiente campesino, halla belleza en todas las manifestaciones de la Naturaleza, así sea en lo grandioso como en lo simple, y nos la transmite con un decir impregnado de esencia regional que invita al lector a encariñarse con las cosas y con el modo de ser de los seres. Es en esto que se manifiesta el artífice melancólico que hay en el autor de "Los Sombríos"; es su medio natural, y mucho puede esperarse de él si lo siente y lo comprende. El sentimiento de tristeza que trasunta la obra de Noja Ruiz no es la melancolía serena, casi conformista, que distingue a los grandes escritores rusos, sino más bien de una melancolía, conservando

las proporciones, la tristeza inquieta del manchego visionario añorando, en un medio adverso, la paz de la "dichosa edad y siglos dichosos aquellos"... que vuelto al porvenir, soñara la utópica visión de la "santa edad de todas las cosas comunes".

En "Como el caballo de Atila" pueden distinguirse netamente dos maneras de escribir: la artística y la doctrinaria; manifiéstase la primera en la descripción de paisajes ambientes y tipos locales, lugares y en toda narración campesina que hace el autor; informa la segunda, quizá la condición vivida del escritor, porque al describir casa, tipos y declives del ambiente ciudadano sufre su estilo y su lenguaje una transformación radical, adaptándose sin esfuerzo al medio que quiere reflejar y a la tesis que intenta construir. En la una es el artífice que pule, en la otra es el orador que, ensimismado en sus ideas, razona velozmente en alta voz el pro y el contra de lo que piensa.

Escépticos en lo que se refiera a la acción educadora de la novela de carácter social, ya que ella es producto del confort y no la ejemplarizadora de un confort asequible a todos, podemos, sin embargo, calificar de buena esta que nos ocupa, en virtud de la importancia de su tesis — sí, es una novela de tesis — y al humano amor hacia los vencidos que encierra y determina. En "Como el caballo de Atila" se narra paso a paso la vida, incidencia, psicología e ideas de un verdugo. Nace ilegítimamente el tal en el mezquino y convencionalista medio de un pueblo español; sufre durante su niñez las consecuencias adversas de los prejuicios populares; la vida áspera y miserable de los pastores en su adolescencia; allégase al caos ciudadano más tarde, y sirve y sufre la lucha terrible por la conquista del pan, hasta colocarse en el vil oficio; lucha como tal contra las alucinaciones que le sugería su conciencia bajo la pesadilla constante de tan horrible empleo, hasta que vencido por sus propios sentimientos, por el desprecio colectivo y por el repudio del hijo que descubre de pronto su ruin condición, ahorca, ajusticiándose a sí mismo.

La elaboración psicológica del protagonista a través de las múltiples vicisitudes es más o menos lógica. Sin embargo el desarrollo de las mismas deja entrever un fatalismo decididamente "novelesco", sino imposible, fácil de modificarse en la vida real. Nadie está fatalmente obligado a ser verdugo. En toda la obra campea una sensación de fatalidad que perdura en el lector un tiempo después de leída. El autor logró su propósito que consiste en humanizar al verdugo, generalmente conceptualizado como tipo insensible, presentándolo como hombre, (es decir) que ama y odia, sufre y goza, ignora y sabe, como todo ser humano. Su macabro oficio lo cubre de oprobio, pero tal oprobio enloda a toda la sociedad que lo torna necesario y lo sostiene. El verdugo, convenientemente instruido, es susceptible de sentir y comprender lo justo, lo grande y lo bello. "No existe una distancia infranqueable entre el santo y el malvado" — dice el protagonista a su hijo —. Y prosigue más adelante: "Lo que hace al santo no es tanto la bondad como la ardiente adhesión que late en su alma contra el daño ya causado, lo que le impele a luchar para no caer en él... Cuando la conciencia del bien despierta enérgica en el hombre, aunque este hombre sea un malvado, puede rayar muy alto en el sentido de la bondad". Esto — que, cierto es, podría expresarse mejor — es bueno, amigos. Significa penetrante intuición de la vida, es una lección de modestia para el virtuoso fácil, una mano tendida ha-



dad de tragar tanta clara para aprovechar la yema, Tal es la condición presente de la novela social. Es un producto prematuro.

F. F.

MAX JIMENEZ. — "Gleba" — Editorial "Le livre libre" — París, 1929. Un vol. 116 págs.

Este libro de poesías del autor centroamericano, da la idea, que el temperamento lírico de Max Jiménez, aún no ha encontrado su verdadero cauce de realización. Motivo de ello, debe ser sin duda que se encuentran lagunas en la expresión del pensamiento, renglones oscuros, repeticiones innecesarias, que le quitan vigor al verso y por lo tanto, han caído en desuso.

Pero hay mucha pasta de poeta en Max Jiménez y buenas las poesías "Vieja Flaca Descarnada", "En el café", "Pero", "Contrastes", "Un tango" y varias otras. Le da mucho mérito al libro, el afán de originalidad que se nota en su autor.

Podría reprochársele también al autor, en algunas poesías, la falta de fondo moral, con lo que dan la sensación de pinceladas en el vacío.

PANAIT ISTRATI. — Vidas agitadas, Barcelona.

Cultura Proletaria, editada por el grupo de propaganda social, Pelotas, Río Grande do Sul (año I, núm. 1, segunda época, 1.º de enero).

F. APOLLONI. — *La serva e il cialatano. Temptacchi.* Scena del col di Favilla. Viareggio, 23 págs.

Publicaciones do Grupo Braco e Cerebro: *A scisao do partido comunista do Brasil.* Carta de Joaquín Barbosa a C. E. do Partido seguida dos comentarios de José Otteica, Río de Janeiro, 1928.

Argentina: *Golos Truda*, órgano de la Federación obrera rusa sudamericana, Buenos Aires (año XII, núm. 298, 8 dic. 1929). — *Elevación*, publicación ecléctica mensual (año I, núm. 3-4, diciembre, 1929), Buenos Aires.

Pampa Libre, (año VIII, núm. 141, 24 dic. 1929). General Pico.

Sembrando, Concordia (año I, núm. 3, enero). Sin ser una publicación anarquista recoge la mayor parte de su material del arsenal libertario.

Verbo Obrero, portavoz del "Gran Sindicato obrero de Santa Rosalía", Santa Rosalía, Baja California, (primer número nov. 20 de 1929; 2.º, nov. 30).

Lotta anarchica, órgano quincenal del comité promisorio para la reagrupación de las fuerzas comunistas anarquistas, París (nueva serie de "Lotta umana"; año I, núm. 1., 6 de dic. 1929).

cia el caído y fortalece la convicción de que el hombre puede redimirse de cualquier baja y, a su igual, la sociedad también.

Puede ser que la obra realice cierta misión educativa en una minoría del sinnúmero de lectores que gustan de la novela. Pero los lectores de novelas sensacionales, "electrizantes", amorosas, toda esa vasta muchedumbre que lee impulsada por el deseo maléfico que le determina su mitria económica, física, intelectual y moral de deleitarse con lecturas que satisfacen su fantasía y la sed de emociones fuertes, su sensualismo patológico y su voracidad cerebral, acogerán con un gesto de fastidio esta obra que, prematura en el ambiente, invita a la reflexión y a pensar en nuestros deberes hacia la humanidad, y especialmente hacia el caído, y no debe dudarse que abandonarán su lectura a las primeras páginas, como algo que aburre. Y los que ya hayan comprendido las razones que este libro explica, no tendrán necesi-

LUIS FABBRI

"El Tratado de Letran"

EL CONCORDATO PAPAL-FASCISTA CONTRA LA LIBERTAD

64 PAGINAS EN 8º, **PRECIO 0.20 Cts.**

El examen más sereno y detallado de los peligros que entraña para el progreso humano, individual y social, el acuerdo papal-fascista

EDITORIAL "LA PROTESTA"

☞ ☞

Buenos Aires